

cruzamientos de provincia a provincia y de raza a raza, con que se ha cargado nuestra sangre, la de casi todos, de herencias contradictorias. Gentes hay que se encuentran con que nominalmente son de la misma familia y que no tienen ni un solo rasgo común en su estructura mental y moral; como es natural, la intimidad diaria entre tales seres es una causa de conflictos cotidianos o de distensión constante. Mi madre y yo somos un ejemplo de este caso; ejemplo que llamaría yo excelente si el placer de encontrar la prueba muy clara de una ley psicológica no fuese acompañado, en el caso actual, del profundo dolor de haber sido su víctima.

»Mi padre, ya se lo he dicho a usted, era antiguo alumno de la Escuela politécnica e hijo de un ingeniero civil. También he dicho a usted que ambos eran oriundos de Lorena. Existe un proverbio que dice: «Lorenés, traidor al monarca y a Dios también.» Este epigrama expresa, en inicua forma, la observación justificada de que flota algo muy complejo en el espíritu de esa población fronteriza. Los loreneses han vivido siempre en la línea divisoria de dos razas y de dos existencias: la francesa y la germánica. ¿Qué es el gusto de la traición, por otra parte, sino una depravación de otro gusto, admirable desde el punto de vista intelectual: el de las complicaciones sentimentales? Por lo que se refiere a mí, atribuyo a ese atavismo el poder de *duplicación*, del cual he hablado a usted al comenzar este análisis. Diré más: diré que he gustado muy a menudo, cuando era pequeño, placeres muy extraños de fingimiento desinteresado que procedían evidentemente

del mismo principio. Me ha sucedido referir a mis compañeros todo género de pormenores inexactos con respecto a mí mismo, sobre el pueblo de mi nacimiento, sobre el pueblo natal de mi padre, sobre tal o cual paseo que acababa de dar; y no por vanagloria o jactancia, no, sencillamente para ser *otro*.

»He experimentado después voluptuosidad singular en exponer opiniones completamente opuestas a las que consideraba yo como verdaderas, y exponerlas por el mismo extraño motivo. Desempeñar un papel distinto de mi verdadera naturaleza parecíame un enriquecimiento de mi persona; ¡tan persuadido estaba yo de que determinarse en un carácter, en una creencia, en una pasión, es limitarse! Mi madre es una mujer del Mediodía, absolutamente rebelde a toda complejidad y para quien solamente las ideas de las cosas son inteligibles. En su imaginación, las formas de la vida se reproducen concretas, precisas y sencillas. Cuando piensa en la religión, ve su iglesia, su confesonario, la sabanilla del altar, los clérigos que ha conocido, el catecismo en el que estudió siendo niña. Cuando piensa en una carrera, ve la actividad positiva y los beneficios. El profesorado, por ejemplo, en que mi madre ha querido que yo entrara, era para ella el señor de Limasset, el profesor de matemáticas amigo de mi padre. Me veía ya mi madre, parecido a Limasset, atravesando la ciudad dos veces al día con cazadora de alpaca y sombrero de jipijapa en verano, y en invierno calzando chanclos y abrigado el cuerpo con un gabán entretelado, y todo esto con un sueldo fijo, con los ingresos pro-

ducidos por lecciones particulares y con la seguridad grata de una jubilación.

»Estudiando a mi madre he podido comprender hasta qué punto las imaginaciones de esta índole incapacitan a los que las tienen para figurarse el interior de otras almas. Dícese a menudo de esas personas que son despóticas, o que tienen mal carácter. En realidad, esas personas se hallan delante de las personas a quienes tratan como un niño delante de un reloj: ve moverse las manecillas; pero no sabe una palabra del mecanismo que produce ese movimiento.

»De esto, a violentar la marcha del horario y del minutero, y a estropear los muelles del reloj cuando no van a su gusto, no hay más distancia que el grueso de la impaciencia del niño.

»Mi pobre madre fué eso para mí, y lo fué desde la semana siguiente al fallecimiento de mi padre. Casi de repente me encontré, con respecto a ella, en un estado de malestar y de incomodidad indefinibles, pero sin que un hecho determinado hubiese dado cuerpo a esa molestia. La primera circunstancia que me abrió los ojos con respecto al divorcio iniciado entre nosotros—en la medida naturalmente en que mi cabeza de muchacho podía abrir sus ojos entonces—sobrevino una tarde de otoño, unos cuatro meses después de la muerte de mi padre. La impresión recibida fué tan profunda, que la recuerdo como si la hubiera recibido ayer. Habíamos tenido precisión, muerto mi padre, de mudarnos de casa; habíamos alquilado, pues, el tercer piso de una casa sita en la calle de Billard, callejuela estrecha que ro-

dea los soportales de la plaza de los *Arbolillos*, delante del palacio del Gobierno civil. Mi madre había escogido esta casa por la existencia de cierto balcón, en el que estaba yo precisamente disponiéndome a jugar aquella tarde. Mi juego, y usted reconocerá en esto el carácter científico impreso por mi padre a mi imaginación infantil, consistía en conducir una piedra, en la que yo representaba un gran explorador, de un extremo a otro del balcón, y entre otras piedras cogidas de los tiestos. Estas otras piedras representaban: las unas, ciudades; las otras, animales curiosos, cuya descripción había yo leído. Una de las ventanas de la sala principal daba a ese balcón. Dicha ventana estaba entreabierta, y como mi juego me hubiese llevado, sin yo pensarlo, hasta allá; oí que mi madre hablaba de mí con otra señora. No pude resistirme a escuchar, palpitándome el corazón como me ha sucedido mucho tiempo a la idea de mi personalidad juzgada por las otras. Tiempo adelante he comprendido que entre nuestro verdadero sér, y la impresión que producimos en nuestros parientes y aún en nuestros amigos, no hay más semejanza que la que existe entre el color exacto de nuestra cara y el color de su imagen en un espejo azulado, verde o amarillo.

»—Acaso—decía la señora que visitaba a mi madre—, acaso está usted equivocada en lo que piensa de ese pobre Roberto; a los diez años puede haberse formado tan poco...

»—Que Dios la oiga a usted—respondió mi madre—; pero temo que ese niño no tenga corazón. No puede usted figurarse lo insensible que estuvo cuan-

do la muerte de su padre... Al día siguiente parecía que ni siquiera pensaba en él... Y desde entonces... ni una palabra nunca... Vamos, ya comprende usted, una de esas palabras por las cuales se ve que uno se acuerda de los muertos... Cuando le hablo de su padre, apenas me contesta... Diríase que no ha conocido nunca a ese hombre querido que tan bueno era para él.

»En alguna parte he leído que Merimée, siendo muy niño todavía, había sido severamente reñido en cierta ocasión por su madre, la cual le hizo salir del cuarto en que ambos se hallaban, y que no bien desapareció el chico se echó a reír a carcajadas. Merimée oyó aquella risa y comprendió que lo del enojo había sido una comedia; entonces sintió que se formaba en su corazón un pliegue de desconfianza que no desapareció jamás. Esta anécdota me impresionó mucho cuando la leí. La impresión del escritor famoso era extraordinariamente análoga al efecto producido en mí por el trozo de confianza que yo había oído desde el balcón. Era muy cierto que yo no hablaba nunca de mi padre; pero, ¡qué falso era que yo le hubiese olvidado! Muy al contrario... pensaba en él constantemente. Yo no recorría una calle, no atravesaba un paseo, no miraba uno de nuestros muebles sin que el recuerdo del muerto se despertase en mí con una tenacidad que me hacía daño. Mezclábanse con este recuerdo constante un sentimiento de asombro y de espanto porque mi padre hubiese desaparecido para siempre, y esto, y aquello y todo se confundían en una especie de aprensión angustiosa que ponía a mi boca un sello siempre que alguien me

hablaba de él. Ahora comprendo perfectamente que este trabajo singular y complicado de mi pensamiento no podía ser conocido por mi madre. En aquel momento, y cuando la oí condenar mi corazón, experimenté una humillación profunda. Parecióme que expresándose así no se conducía conmigo como debía conducirse. La encontré injusta, y por una timidez de muchachuelo feroz aún y poco domesticado, lejos de procurar, por mi conveniencia propia, desengañar a mi madre y hacerle conocer que se había equivocado al juzgarme, me irrité contra su injusticia. Desde aquel momento nació en mí una imposibilidad de mostrarse jamás a ella tal cual yo era. Comprendí, y así ocurrió siempre, que cuando los ojos de mi madre se fijasen en los míos para buscar en ellos mis emociones, sentiría yo necesidad irresistible de ocultarle mi pensamiento íntimo.

»Esta fué la primera escena, si es lícito dar nombre tan grande a cosa tan pequeña, y no tardó mucho en sobrevenir la segunda, de la cual levanto acta también, a pesar de su aparente insignificancia. Los niños no serían niños si los sucesos importantes de su sensibilidad no fuesen pueriles. Yo era, en aquella época, muy aficionado a la lectura, y la casualidad había puesto en mis manos algunos libros muy diferentes de los que suelen dar de premio en las solemnidades de los colegios. Diré a usted cómo: aunque mi padre, en su condición de matemático, no poseía profundos conocimientos literarios, tenía predilección por ciertos autores que él comprendía a su manera; y al hallar y estudiar algún tiempo después muchas de las notas íntimas de mi padre acerca de

esos autores, he podido apreciar hasta qué grado las sensaciones de las literaturas son personales, irreducibles, incomensurable, empleando esta voz tomada de su ciencia favorita, es decir, que no existe medida común entre las razones por las cuales dos inteligencias se agradan o se desagradan de un mismo escritor.

»Entre otras obras, mi padre tenía en su biblioteca una traducción de Shakespeare, en dos tomos, sobre los cuales, colocados a manera de almohadón, me sentaba para levantar mi silla hasta la altura de la mesa, al comenzar yo a comer con mis padres. Dejéronme después, sin reparar en ello siquiera, manejar aquellos tomos, ilustrados con grabados, que fueron pronto estímulo a mi curiosidad para leer algunos trozos del texto. Era unas veces lady Macbeth, frotándose los dedos ante la mirada de espanto del médico y de una criada; era otras Otelo penetrando, puñal en mano, en la habitación de Desdémona e inclinando su negro rostro sobre aquella blanca figura dormida; ya el rey Lear, destrozando sus ropas al resplandor de los relámpagos; ya Ricardo III, acostado en su tienda y rodeado de espectros. Y del texto a que correspondían aquellos grabados leí tantos y tantos trozos, que acabé familiarizándome, antes de cumplir los diez años, con aquellos dramas que exaltaban mi imaginación en lo que podía yo comprender, sin duda porque fueron escritos para concurrencias populares, y tienen un elemento de poesía primitiva y una tosquedad infantil. Enamorábanme aquellos reyes que desfilaban, alegres o desesperados, a la cabeza de su ejército; que perdían o

ganaban batallas en algunos minutos; aquellas mantanzas, acompañadas de trompetería entre las banderas desplegadas y las apariciones; aquellos viajes rapidísimos de un país a otro, y aquella geografía puramente fantástica. En una palabra, cuanto hay de compendioso y casi rudimentario en los dramas, y más particularmente en las crónicas, me encantaba; y me encantaba de tal modo, que cuando me quedaba solo me sucedía muchas veces ponerme a representarlas con sillas, que se convertían para mí en Jorik, Lancastre, Warwick o Gloucester... ¡Oh sencillez...! Por su parte, mi padre, cuyas repugnancias de géometra relativamente a las dolorosas realidades de la vida eran extremadas, había saboreado en Shakespeare la parte conmovedora y pura, los perfiles de mujer de una delicadeza admirable; Imógena y Desdémona, Cordelia y Rosalinda habíanle agradado, por raras que puedan parecer estas afirmaciones, por las razones mismas que le hacían agradables las novelas de Dickens, las de Topffer y hasta las puerilidades de Florián y de Berquin.

»He aquí contrastes que prueban la incoherencia de los juicios artísticos fundados únicamente en la impresión sentimental. Yo leía también todos esos libros, y por añadidura los de Walter Scott, como las narraciones campesinas de Jorge Sand en una edición también ilustrada. Es verdad que más me hubiera valido no alimentar mi imaginación con elementos tan heterogéneos, y hasta tan peligrosos algunos; pero mi edad no me permitía comprender sino muy exigua parte de ellos, y, a más de esto, mientras mi padre trabajaba en su pizarra negra dis-

poniéndose a desenvolver sus fórmulas, creo que hubieran podido caer rayos sobre la casa sin que él se percatase de nada; tan absorto se encontraba en alas del demonio de la abstracción. Mi madre, para quien ese demonio era tan desconocido como el monstruo del Apocalipsis, no tardó mucho, luego que pasaron las primeras horas de nuestro aturdimiento, en registrar el cuarto en que yo trabajaba, y debajo de un tema principiado encontró un libro abierto; era el *Ivanhoe*, de Scott. «—¿Qué libro es este?—me preguntó.—¿Quién te ha dado permiso para tomarlo?—Ya le había leído—respondí.—¿Y estos otros?—prosiguió mi madre registrando la biblioteca reducida que, al lado de mis librecillos de estudiante contenía: además del *Shakspeare*, las *Novelas ginebrinas*, *Nicolás Nickleby*, *Rob-Roi* y *La charca del diablo*.—Esto no es propio de tu edad—prosiguió—y vas a hacerme el favor de llevar conmigo estos libros a la sala para encerrarlos allí en la biblioteca de tu padre.

»Me parece estarme viendo ocupado en la operación de trasbordar, de tres en tres, los tomos de la biblioteca, algunos de los cuales eran demasiado pesados para mis bracillos, poco robustos, a la habitación llena de polvo y de telas de araña que tenía el balcón; la habitación misma en que había yo oído a mi madre pocos días antes juzgar tan severamente mi corazón. Con sus dedos blanquísimos, que salían de sus mitones negros, cogía los libros e iba colocándolos al lado de voluminosos tratados de matemáticas. Cerró después la puerta vidriera del armario, y después de echar la llave la quitó de la cerradura y la

colocó entre otras muchas llaves en el llavero que llevaba siempre consigo.

»Y una vez hecho todo esto, me dijo con gran severidad. «—Cuando quieras un libro me lo pides.»

»¡Yo! ¿Pedir a mi madre uno de esos libros?... Pero ¿cuál de ellos? Sabía yo de antemano que habían de serme negados todos aquellos que yo deseaba volver a leer, y cuyos títulos acababa de mirar por detrás de los cristales. Ya entonces empezaba yo a comprender que eran muy distintos los modos de pensar de mi madre y mío. Me enfadé con ella por haberme privado de mis placeres más vivos, de la lectura, menos tal vez por la prohibición misma que por la causa en que la había fundado. Porque mi madre se creyó en el caso de repetirme en aquella ocasión y acerca de los peligros de las novelas, frases tomadas indudablemente de algún libro piadoso, que desde luego me parecían expresar precisamente lo contrario de lo que yo había experimentado por mí mismo. También tomó pretexto mi madre en los peligros que yo había corrido con estas lecturas consideradas para atender más a mis estudios y dirigir mi educación. Era obligación suya hacerlo así; pero el contraste entre las ideas a las cuales mi padre me había acostumbrado precozmente y la pequeñez de pensamiento de mi pobre madre, lleno de impresiones mezquinas y burguesas, fué demasiado grande.

»Íbamos juntos a paseo, y mi madre hablaba conmigo. Su conversación recaía solamente sobre cuestión de trajes, de buenas o malas maneras, de mis compañeros y de sus padres. Mi inteligencia, demasiado familiarizada con el placer de pensar, sentíase

como ahogada, como oprimida. El paisaje inmóvil de los volcanes extinguidos me recordaba las convulsiones grandiosas del drama terrestre. Mi madre tomaba las flores recogidas por mí, las tenía en sus manos algunos minutos, y después las dejaba caer sin mirarla casi. La pobre señora ignoraba el nombre de aquellos vegetales, como ignoraba el de los insectos que me obligaba a soltar así que los veía en mis manos, asegurando que eran sucios y venenosos. Los caminos que juntos seguíamos no iban ya dirigidos al descubrimiento de las extensiones inmensas con que la palabra fecunda de mi padre, ya muerto, me había familiarizado. Aquellos senderos de árboles eran sólo una prolongación de las calles de la ciudad y la monotonía triste de las obligaciones cotidianas. Busco palabras con qué traducir la extraña e indefinida sensación del aburrimiento, de inteligencia mutilada, de rarificada atmósfera que me causaban aquellos paseos, y no puedo hallarlas que sean propias, precisas. El lenguaje ha sido inventado por hombres ya hechos para expresar ideas y sentimientos de hombres hechos. Faltan los vocablos que corresponden a las percepciones incompletas de la niñez, a esa penumbra de alma. ¿Cómo contar los padecimientos que no se comprenden, y cuya revelación no se verifica hasta que han pasado, como, por ejemplo, lo fueron los míos, de un cerebro donde fermentan concepciones elevadas y amplias; de un cerebro colocado ya en los límites del gran horizonte intelectual, y que sobrelleva la tiranía inconsciente de otro cerebro estrecho, débil y extraño a toda idea general, a todo punto de vista grande y profundo?

Hoy que he atravesado ya el período de una adolescencia contrariada, interpreto los menores episodios de ella por las leyes de la constitución de los espíritus, y me doy razón de que la suerte, al confiar la educación de un chico, como yo, a una mujer como mi madre, había asociado dos formas de pensamiento tan irreductibles la una a la otra, como dos especies distintas. A millares surgen en mi ánimo los recuerdos de pormenores donde encuentro la prueba de esta antítesis constitucional entre nuestras dos naturalezas.

»He dicho a usted ya sobre esto lo suficiente para que ahora pueda limitarme a fijar con exactitud aquel choque silencioso de nuestras almas, y para tomar fórmulas al estilo filosófico, creo advertir que aquella educación, contraria a mi modo de ser, dispuso en mí dos gérmenes diferentes: el germen de un sentimiento y el germen de una facultad; el sentimiento fué el de la soledad de mi *yo*; la facultad fué la del análisis íntimo.

»Ya he dicho a usted que en el orden de la sensibilidad, como en el de la inteligencia, había yo experimentado, de pronto, la imposibilidad de mostrarme a mi madre tal cual yo era. Aprendí así, apenas nacido a la vida intelectual, que existe en nosotros un elemento obscuro e incommunicable. Nació entonces en mí una timidez que se convirtió después en orgullo. ¿Pero acaso no tienen todos los orgullos el mismo origen? No atreverse a mostrarse a los demás tal cual uno es, equivale a aislarse; aislarse es muy pronto preferirse a todos.

»He hallado después, en algunos filósofos moder-

nos, por ejemplo Renán, este mismo sentimiento de la soledad del alma, pero transformado en un desdén transcendental; le he hallado también, aunque convertido en enfermedad y en aridez, en el *Adolfo* de Benjamín Constant; agresivo e irónico en Beyle. Es un infeliz escolarillo de un colegio de provincias, que trotaba con su cartapacio bajo el brazo, llenas las manos de sabañones, calzados los pies con zuecos, por las heladas calles de un pueblo de la montaña, aquello era solamente un instinto confuso y doloroso. Pero ese instinto, después de haber sido aplicado a mi madre, crecía, crecía, y se aplicaba ya a mis condiscípulos y a mis maestros. Sentíame yo distinto de todos ellos, con diferencias que voy a resumir en una palabra; creía yo comprenderles a ellos del todo, y creía también que ninguno de ellos me comprendía; pero veo ahora que existía, además, entre nosotros esta otra diferencia: que ellos aceptaban su persona y la mía, sencilla y buena, y lealmente, en tanto que yo comenzaba ya a confundirme pensando demasiado en mí mismo. Si he sentido muy pronto que contra las palabras de Cristo yo no tenía prójimo, es porque me he acostumbrado desde muy temprano a exasperar la conciencia de mi propia alma y, por consiguiente, a convertirme a mis ojos en un ejemplar, sin análogo, de excesiva sensibilidad individual.

»Habíame dotado mi padre de una curiosidad prematura de inteligencia. No hallándose él presente para conducirme y guiarme hacia el mundo de los conocimientos positivos, esa curiosidad sin empleo recayó sobre mí mismo. El espíritu es una criatura

viviente como las otras, y en la cual todo vigor va acompañado, como en todas, de una necesidad. Sería necesario trocar los términos de un refrán antiguo, y decir *poder es querer*. Toda facultad acaba siempre en nosotros por la voluntad de ejercerla. La herencia mental y mi primera educación habían hecho de mí un entendimiento prematuro. Continué siéndolo; pero aplicándose toda esa inteligencia a mis propias emociones, por carecer yo de un maestro semejante al que perdí tan niño; me convertí con respecto a mi madre, que no lo sospechó nunca, en un *Yolsta* absoluto con una extraordinaria energía de menosprecio para con todos los demás seres. Estos rasgos de mi carácter no debían, sin embargo, aparecer, sino mucho después, y bajo la influencia de crisis de ideas por las que he atravesado, y cuya historia debo a usted ahora.

»§ II.—MI MEDIO AMBIENTE DE IDEAS.

»Las diferentes influencias que he resumido, algo abstractamente, pero en términos que usted, mi querido maestro, comprende bien, tuvieron por efecto primero inesperado, hacer de mí, desde los once a los quince años, un niño muy piadoso. Probablemente si me hubiesen puesto en un colegio como interno hubiera yo crecido semejante a muchos de mis camaradas, a los cuales he podido estudiar después y para los que la crisis religiosa no ha existido. En la época de que hablo, y que señala el advenimiento definitivo del partido democrático en Francia, una ola inmensa de libre pensamiento rodó des-

de París a todas las provincias; pero yo era el hijo de una mujer muy devota, y fui sometido a todas las prácticas de la religión más severa. Hallo una prueba de lo que he dicho a usted acerca de mis aficiones precoces a la disección íntima, en el hecho de sentirme yo, al revés de lo que sucedió a mis compañeros de catecismo, seducido de una manera casi apasionada por la confesión. Sí, puedo asegurar que durante los cuatro años de mi crisis mística de adolescente, desde 1876 hasta 1880, los grandes acontecimientos de mi vida fueron aquellas largas conferencias en el estrecho confesonario de madera de la iglesia de los Mínimos, nuestra parroquia, donde iba yo, cada quince días, a postrarme de hinojos y a hablar en voz baja y palpitándome el corazón de lo que pasaba en mi ánimo. La aproximación de mi primera comunión marca el nacimiento de aquella sensación de *confesando* mezclada toda con elementos contradictorios. *Yo creía*; por consiguiente, mis pecadillos me parecían verdaderos crímenes y me avergonzaba de confesarlos. Arrepentíame y tenía la seguridad de que me levantaría perdonado, con la delicia de la conciencia limpia de toda mancha. Era yo un niño fantaseador y nervioso; existía, pues, para mí, en el aparato del sacramento, en el silencio de la iglesia, en aquel olor de humedad y de incienso que la llenaba, en el balbucir de mi propia voz cuando yo decía: *padre*; en el murmullo de la voz del sacerdote cuando contestaba: *hijo mío*, a través del entredado; una poesía de misterio que sentía yo, aunque sin comprenderla entonces. Uníase también a esto una singular impresión de frío que procedía de la

enseñanza dada por el cura Martel, sacerdote encargado de prepararnos para esta primera comunión. Era el tal un hombrecito bajo, de rostro apoplético y de mirar sombrío; tenía su cara, ancha y roja, un aspecto duro; había sido educado en un seminario de provincia, algo tocado de jansenismo. Sus ojos, cuando nos hablaba del infierno en la tribuna de los Mínimos, donde nos reunía, lanzaban fulgores de espanto desde sus pupilas brillantes, y Martel nos transmitía ese espanto suyo. Casi estoy a punto de alegrarme de que se haya muerto, porque le vería entrar si no en mi calabozo... y, ¿quién sabe?, quizás se repetirían en mí las emociones de terror que su presencia me producía en aquella sala de paredes blanqueadas con cal, amueblada con bancos de madera y una silla de pino pintado. El tema habitual de sus discursos era «el escaso número de los escogidos y las venganzas divinas.» ¿Quién impediría a Dios, ya que todo lo puede, constreñir el alma del que muere a permanecer al lado del cuerpo de que se ha separado...? El alma estaría allí, en la cámara mortuoria, oyendo los sollozos, viendo las lágrimas de los parientes, y le sería imposible consolarlos. Sería encerrada en el féretro y obligada allí durante días y días, noches y noches a presenciar la corrupción de aquella carne, que fué suya, entre gusanos y podredumbre.

»Imágenes parecidas a esta y de análoga ferocidad de invención abundaban en aquella boca y solían perseguirme en mis sueños. El miedo al infierno exaltábase en mí hasta la locura. Por otra parte, el cura Martel desplegaba la misma elocuencia en cele-

brar la importancia decisiva que tendría para nuestra salvación el aproximarnos a la sagrada mesa, y, por consiguiente, mi temor a las penas eternas venía siempre a parar en exámenes de conciencia de una escrupulosidad exagerada. Muy pronto aquellos íntimos recogimientos; aquellas miradas lanzadas, como con microscopio, sobre las evoluciones más insignificantes de mi pensamiento; aquel estudio continuo de lo más recóndito de mi sér, me interesaron tanto, que nada significaban para mí los atractivos de ningún juego. Había yo encontrado por primera vez, desde la muerte de mi padre, un empleo a ese poder de análisis, ya definitivo, casi esencial en mi persona.

»El desenvolvimiento dado así a mi penetrante sentido de la vida interior, hubiera debido producir una mejora en mi sér moral. Tuvo, por el contrario, como consecuencia inmediata, un exceso de sutileza que, por sí sola, era ya una corrupción, al menos desde el punto de vista de la estricta disciplina católica. Me volví, efectivamente, con el exceso de estos exámenes de conciencia, en los cuales hubo muy pronto más placer que arrepentimiento, extraordinariamente ingenioso para descubrir motivos lejanos a mis acciones más sencillas. El cura Martel no era psicólogo suficientemente perspicaz para comprender esta evolución y advertir que desmenuzando así el alma, me encaminaba en derechura a preferir a la sencillez de la virtud las complicaciones del pecado. Martel solamente veía en mi transformación el celo de un niño muy fervoroso. Por ejemplo, en la mañana misma de mi primera comunión, me vió el sacer-

dote acercarme a él derramando lágrimas y rogándole que me confesase.

»Revolviendo afanoso los más apartados rincones de mi memoria, había yo recordado una culpa extraña; seis semanas antes escuché a dos condiscípulos míos burlarse de una señora anciana que entraba en la iglesia del Carmen. Háblame reído de sus palabras en lugar de censurárselas. La señora iba a misa; burlarse de ella equivalía, por consiguiente, a burlarse de un acto piadoso. Yo me había reído, ¿por qué? Por una mal entendida vergüenza de protestar contra aquel escándalo; luego yo había participado de la culpa. ¿No era realmente obligación mía dirigirme a los burlones, reprenderles por su impiedad y obligarles a arrepentirse de ella? No lo hice así; ¿por qué? También por vergüenza mal entendida, por respeto humano, según lo define el catecismo.

»Pasé toda la noche que precedió al gran día de la primera comunión preguntándome con angustia indecible si lograría yo encontrar al cura Martel al día siguiente a tiempo para decirle mi pecado. Todavía recuerdo la sonrisa con la que el sacerdote, golpeándome cariñosamente en la mejilla, me dió su absolución para tranquilizarme. Aun me parece oírle su voz, casi dulce en aquella ocasión, cuando me dijo: «¡Ojalá permanecieses siempre el mismo!»

»El cura Martel no sospechaba que aquel escrúpulo pueril era indicio de una reflexión morbosamente exagerada, ni que esta reflexión amargaría los anhelados goces del pan eucarístico. En el transcurso de las semanas precedentes no me había yo contenta-